

ETERNA GRATITUD

Adrián Almalé Frago

Llevaba sonando el despertador catorce minutos cuando conseguí levantarme. La noche anterior se nos había ido de las manos con esa “última y casa”. Pero debía entrenar e ir a clase así que me vestí, cogí la mochila de natación y salí del piso.

Ya al borde de la plataforma de salida me ajusté el mp3 con el gorro y salté, despertándome por completo en cuanto mi cuerpo adormilado sintió el frescor del agua por la mañana. Amaba esa sensación. Amaba nadar.

Unos setenta y cinco largos después paré para reajustarme los cascos bajo el gorro y, ya que estaba, tomar aliento y elegir la canción que más me motivara para seguir. Sin embargo, escuché voces que no procedían de mis auriculares y busqué rápidamente el origen. Había un cuerpo flotando dos carriles a mi izquierda. Buceé bajo las corcheras y nadé hasta él. Varón, caucásico, unos sesenta y cinco años. Le di la vuelta y lo remolqué hasta fuera. Su pulso era débil. Alcé la vista mientras le abría la vía aérea y todavía no había ni rastro del socorrista. No perdí ni un segundo, procedí a realizarle la RCP. Treinta compresiones y dos insuflaciones tapándole la nariz al ritmo que me habían enseñado en clase. No sé si lo habréis hecho alguna vez, pero cansa. Y mucho. Y más aún si lleváis una hora de natación intensa. Pasados cinco interminables minutos, no podía más y aquel hombre seguía sin volver a la vida. Lo intenté una última vez hasta caer rendido y, justo cuando gritaba por última vez que alguien me ayudara, apareció el socorrista. Me relevó de inmediato.

Dos minutos después apareció su primera bocanada de aire. Tras expulsar todo el agua que había tragado me miró intensamente con unos ojos que expresaban una eterna gratitud que jamás olvidaré. Desconozco por qué me miró a mí primero y no a quien acababa de “salvarle la vida”, pero me vio expulsando el corazón por la boca y, una vez recuperados, me abrazó sin mediar palabra. Cinco minutos más tarde ya estaba en una camilla con dirección al hospital donde algún día yo trabajaría.

—Mañana podré volver a nadar gracias a ti, muchacho.

Me quedé de piedra ante tal fuerza de voluntad sin dejarse intimidar por lo acontecido.

—Pero no te exijas tanto —conseguí decir, con una leve pero auténtica sonrisa.

Me dirigió una última mirada llena de agradecimiento y, al cerrarse las puertas de la ambulancia, desperté.

Él seguía tirado en el suelo y el socorrista paraba la reanimación. No había podido salvarlo. Ni yo tampoco; me había desmayado intentándolo.

—Nunca había visto a nadie luchando tanto tiempo por salvar a alguien —dijo uno de los hombres que lo habían visto todo—. Es la segunda muerte que veo en esta piscina y, ni de lejos, la actuación del socorrista puede competir con la tuya. Deberías estar orgulloso.

—Gracias —contesté—. Pero no ha servido de nada.

—Créeme, él sabe lo mucho que has luchado por su vida. Fíjate en la sonrisa de su rostro. Deberías —añadió de pronto, posando su mano sobre mi espalda— dedicarte a esto.

Aquella mañana admito que no presté nada de atención en clase. Mi mente todavía seguía intentando salvarle la vida al hombre que conseguí sacar del agua.

—¡Profesor! —grité al ver a quien me había instruido en primeros auxilios—. Verás...

Le resumí mi mañana, tremendamente abatido y me contestó algo que jamás olvidaré:

—No todos están listos para salvarse, Nathan. Pero créeme cuando te digo que saben lo que hacemos por ellos en esos últimos instantes. Ellos y el resto de personas que presencian y analizan nuestra actuación. Ahora saben que pueden nadar mil veces más tranquilos en esa piscina contigo en ella.